

ANALÍTICA

Revista de Filosofía

LA VIDA FILOSÓFICA Y LA VIDA POSIBLE: LA BÚSQUEDA, LA ENSEÑANZA Y LA TRANSFORMACIÓN HUMANA

THE PHILOSOPHICAL LIFE AND THE POSSIBLE LIFE: SEARCHING, TEACHING AND HUMAN TRANSFORMATION

Ela Urriola

Universidad de Panamá, Panamá
elaurriola@hotmail.com

<https://orcid.org/0000-0001-6915-185X>

DOI <https://doi.org/10.48204/2805-1815.4396>

INFORMACIÓN DEL ARTÍCULO	ABSTRACT/RESUMEN
<p>Recibido el: 30/07/2023 Aceptado el: 30/08/2023</p> <p>Keywords: Philosophy, life, Ethics, reality, theory</p> <p>Palabras clave: Filosofía, vida, Ética, moral, realidad, teoría</p>	<p>Abstract: If there is something difficult to agree on in philosophy, it is experience and theory. On the one hand, there are those who advocate the absolute separation of the life of an author with respect to his work, on the other, there are those who could not imagine these two edges as two antipodes, but rather at their epicenter, a whole. This article is motivated by the fact of understanding how philosophical life could be conceived based on criteria that coincide in Western thought and in the context of the teaching of philosophy.</p> <p>Resumen: Si hay algo es difícil de concertar en la filosofía es la vivencia y la teoría. Por un lado, están quienes abogan por la separación absoluta de la vida de un autor con respecto a su obra, por otro, se pronuncian los que no podrían imaginar estas dos aristas como dos antípodas, sino en su epicentro, un todo. El presente artículo lo motiva el hecho de comprender cómo se podría concebir la vida filosófica a partir de criterios coincidentes en el pensamiento occidental y en el contexto de la enseñanza de la filosofía.</p>



Introducción

La vida filosófica o la manera de abordar la vida, de vivirla, ha sido objeto de innumerables disquisiciones, y aunque no menos cuantiosos, se han generado estudios en torno al concepto de vivir la vida con filosofía o desde la filosofía. Dicho esto, se encuentra un espacio, donde, a fin de cuentas, la filosofía pareciera convertirse en una herramienta o fórmula, al punto que abundan en las estanterías virtuales y físicas, innumerables recetas sobre “vivir la vida con filosofía”, o hasta recetas para que filosofía y vida se integren. Nos interesa el primer grupo, el de los eruditos que han indagado en los preceptos de vida que abordan los filósofos en las distintas épocas.

En busca de la vida filosófica

Uno de los filósofos más conocidos que ha indagado en el concepto de vida filosófica ha sido Pierre Hadot en la prolífica obra que sostiene su erudición y experiencia sobre la filosofía antigua. En la introducción de uno de sus estudios, titulado *La filosofía como forma de vida*, queda enunciado el propósito de la misma: presentar la idea de que para los griegos la filosofía no se concebía como la articulación de un sistema de ideas, antes bien, era comprendida como una manera de mirar, explicarse y abordar la vida, entendiéndose que para que esto fuera posible, se sostenía como un acto de la volición, o, por decirlo de otra manera, una elección que concertaba conocimiento, virtud y libertad.

Para ello, los griegos proponían una serie de preceptos, y también ciertas técnicas de orden práctico, mediante las cuales era posible forjar el carácter (*ethos*), al tiempo que se orientaba la existencia conforme la virtud y el conocimiento. (véase Hadot, 2006: 2009).

La investigación sobre el tema que Hadot (2006) llevó a cabo durante gran parte de su vida y que genera una vasta bibliografía, se expresa a partir de una pregunta que ya se plantearon filósofos icónicos y que materializaron, lo mismo que Hadot, en sendas obras con el título a modo de la gran pregunta: ¿qué es filosofía? Basta recordar a Martin

Heidegger (1983) y a Jaspers (2013), donde ambos elucubran sobre la naturaleza de la disciplina, en su razón de ser, y en la experiencia de acercarnos a ella.

Curiosamente, las miradas sobre el propósito de vivir con filosofía se fundamentan en *gnosis* y *ethos*, en el conocimiento y el deber ser, y ambos consolidan un equilibrio importante, diríase casi imprescindible para alcanzar ese estado donde estaríamos los más próximos a una noción de felicidad. Para José Ortega y Gasset, filosofía “es un hacer del hombre. Un hacer de la especie ‘conocimiento’. Aquel ‘conocimiento’ que comienza por una pregunta esencial o por el ser de las cosas (...) La pregunta anuncia e inicia un buscar.” (Ortega y Gasset, 1948, p. 141) Este buscar, entendido en su magnificencia y su finitud, como la propia vida humana, se engrandece y profundiza ante las dos posibilidades que se le muestran al humano: la filosofía y la religión. La belleza de la descripción que Ortega y Gasset hace de ambas es insuperable, se refiere a ellas como “dos formas de ocupación íntima”. (Ortega y Gasset, 1981, p. 77) Una vez frente a ellas, lo que cabe es el discernimiento acerca de si estas dos “ocupaciones íntimas”, que conviven articuladas una en otra, son “*sensu stricto* religión y *sensu stricto* filosofía. “. En el caso de los antiguos, les fue revelado, según el autor la posibilidad de entrar en un camino o una búsqueda por ellos desconocida: “¿Qué es lo que buscaban? ¿Por qué lo buscaban? ¿Tiene sentido admitir que si seguían instalados en la religión tradicional se esforzasen en descubrir una cosa tan amplia como ésta, pero de contenido por completo distinto?” (Ortega y Gasset, 1981, p. 77)

Por su parte, Francisco Romero (1961), también en una obra con un título que interroga, plantea que el origen del filosofar nace de la admiración y la extrañeza, que el saber que se deriva de allí es un conocimiento labrado a partir de la reflexión crítica, y que este extrañamiento que ya definían los griegos, conduce a problematizar la realidad: «El primer paso del filosofar consiste en extrañarse de lo dado, de lo espontáneamente conocido, en una doble significación de la palabra “extrañarse”: como extrañeza o sorpresa de que las cosas sean y de que sean como son, y como un extrañamiento o artificioso apartamiento del mundo», una especie de necesaria distancia entre el mundo y el sujeto para que éste, al final, logre convertir el mundo que lo contiene y a todo lo que

tiene en derredor, en cuestión. Esto es el “problematizar”, suprimir todos los supuestos para encaminarse a conocerla tal como es. (Romero, 1961, p. 17)

Lo cierto es que una cosa es estudiar la filosofía y otra vivir acorde a ella, o, retomando a Hadot, vivirla. Para eso, quién mejor que Epícteto y Marco Aurelio, ambos abordados en la obra en mención, quienes abordan de que no basta con saber filosofía, sino vivir en ella o desde ella, y esa sola distinción amerita revisar la existencia y la vivencia humana, esto es, llevar la vida, o moldear una forma de vida hacia las labores comunitarias, sumergiendo, algo más que la mirada en la dimensión social. Esta cuestión se aborda en *No te olvides de vivir. Goethe y la tradición de los ejercicios espirituales*, (Hadot, 2010) una obra homenaje al filósofo que más admiró, Goethe.

El caso es cuando la misma pregunta se la hace Heidegger, deja claro la complejidad que implica el solo ejercicio de contemplar una respuesta, si esta fuese posible. (Heidegger, 1983) En primer lugar, hace referencia a la ratio como fundamento en el quehacer filosófico, luego nos remite al origen griego *φιλοσοφία* y como tal define “un camino”. Con relación a esta acepción nos dice: “Este está, por una parte, ante nosotros, ya que la palabra se nos predijo desde hace mucho tiempo; por otra, está detrás de nosotros, pues siempre oímos y dijimos esa palabra. Conforme a ellos, la palabra griega *φιλοσοφία* es un camino en el que estamos de camino. De aquí revuelve nuevamente en “lo griego” de la palabra, que conduce a establecer que “la filosofía define también el rasgo más esencial de nuestra historia europeo-occidental (...)” (Heidegger, 1983, p. 48) y he aquí que vuelve a su origen griego, tal y como la entendemos.

El protréptico como género

Hay un género con una particularísima intención que rebasa lo formal, pues a diferencia de otros géneros, éste se convierte en una herramienta para mostrar ese “camino” del que hablábamos antes, ya alejándonos de la dimensión meramente teórica, y es el protréptico. Cultivado por los discípulos de Sócrates, será Aristóteles quien lo promueva expresamente, este replantearse llevar la vida filosófica, el enlazar las ideas y la praxis:

Una de las cuestiones que se deben tener presente al leer el *Protréptico* es el hecho de que se trata de una exhortación a la filosofía. El análisis de la noción de *phýsis* a la luz de este objetivo adquiere un sentido y un rol particular, pues Aristóteles no pretende determinar qué es la naturaleza, sino más bien utilizar esta noción para poder persuadir a su auditorio de que no solo es pertinente filosofar, sino necesario. (Seggiaro, 2017)

Existen objeciones en torno al hecho de si el protréptico deba ser o no considerado un género en sí mismo (Van der Meeren es uno de los más conocidos); sin embargo, otros como S. R. Slings , defienden este punto, aduciendo de que no se trata de un fenómeno aislado y revisa las fuentes que sustentarían una pluralidad de ejemplos, no solo en Clitofón o Eutidemo - donde se contrastan los métodos de enseñanza-, llevando la pesquisa hacia otros discípulos de Sócrates o al s. IV.a.C. como lo aduce Demetrio, pero en todo caso, con la finalidad que arriba esboza Seggiaro, esto es, alcanzar la audiencia, el auditorio, la colectividad e instar a esa vida filosófica, independientemente de la profesión o las artes que se practicara. Ciertamente, la forma - la belleza o la riqueza verbal- resultan importantes, y las encontramos en la producción homérica, por mencionar solo uno, pero la fundamentación moral e invocación del *ethos* consituyen la base. El protréptico es, pues, un género que abre la puerta a esa vida filosófica, a esa vivencia desde la filosofía, que no le da la espalda a la realidad. La exhortación acertada, pero necesaria, la razón de ser de esta vida.

La (im)posibilidad de la vida filosófica

¿Es esta vida “buena”? ¿Por qué es deseable que aspiremos a esta vida? O, antes bien, sería importante preguntarnos el valor de la vida filosófica hoy. Si bien el deseo de conocer caracteriza al hombre “*Pantes anthropoi tou eidenai oregontai physei*” (Aristoteles), y esta cualidad nos distingue del resto de las criaturas, ¿cómo se sustenta esta necesidad como forma de vida? Hay algo inherente en la búsqueda, independientemente de la certeza o anhelo de lo que se espera encontrar, esta búsqueda mueve al sujeto a la elucubración, en pos de la investigación científica, y el resultado de esta búsqueda se materializa en la obra de arte, cualquiera sea su naturaleza: la concreción per se, lo que conmueve, ha sido el resultado de esa búsqueda tan imprecisa

como necesaria, que emprende el ser humano desde que tiene conciencia, la misma búsqueda de la cual “emana” la filosofía.

Pero ¿esta búsqueda es necesidad o amor al saber?

Revisando la definición que aporta José Ferrater Mora, nos remite a la etimología:

La significación etimológica de “filosofía” es “amor a la sabiduría”. A veces se traduce ‘filosofía’ por ‘amor al saber’. Pero como los griegos —inventores del vocablo ‘filosofía’— distinguían con frecuencia entre el saber, ἐπιστήμη, en tanto que conocimiento teórico, y la sabiduría, σοφία, en tanto que conocimiento a la vez teórico y práctico, propio del llamado sabio, es menester tener en cuenta en cada caso a qué tipo de conocimiento se refiere el filosofar. (Ferrater Mora, 1984)

También, quedándonos en la definición, esta vez del *Diccionario de Filosofía* de Nicola Abbagnano (1955, p. 537, vemos esta multiplicada de acepciones del concepto filosofía:

La disparidad de las Filosofías se refleja, obviamente, en la disparidad de los significados de Filosofía, lo que no impide reconocer algunas constantes. Entre ellas, la que mejor se presta para relacionar y articular los diferentes significados del término, es la definición que aparece en el Eutidemo platónico: La Filosofía es el uso del saber para ventaja del hombre.

Así, Abbagnano nos conduce al importante problema del saber y del uso de este, planteado en el diálogo (Platón, Eutidemo, 2012) que a continuación recordamos: “(...) la sabiduría hace a los hombres tener capacidad de acierto en todas partes. Pues efectivamente si se equivocan no habría sabiduría, sino que es necesario actuar y alcanzar el propósito rectamente.” (Platón, 2012, p. 124)

Y más adelante, el problema de la utilidad, con relación al concepto de felicidad:

—¿Acaso, entonces, seríamos felices a través de los bienes presentes, si no nos fuesen útiles de ningún modo o si lo fueran? (...)

—¿Acaso, entonces, por Zeus -dije yo-, es provechosa alguna de las demás posesiones sin sensatez ni sabiduría? ¿Acaso se beneficiaría un hombre que posea muchas cosas y haga muchas cosas sin tener conciencia, o sería mejor tener pocas con conciencia? (...).” (Platón, 2012, p. 128)

Y después, en clara alusión a la posesión de las cosas materiales y el valor o pertinencia de otras, como el saber:

—¿Acaso, entonces, serían útiles en algo si solo los tuviésemos pero no los usásemos? Por ejemplo, respecto de los alimentos, si tuviésemos muchos pero no los comiésemos, o en el caso de la bebida, si no la bebiésemos, ¿es posible que nos fuesen útiles? (...). (Platón, 2012, p. 128)

De allí pasamos a la cita que Abbagnano hace referencia, en cuanto a saber y utilidad: “—Por consiguiente, nos hacía falta (...) un cierto conocimiento en el cual se dieran conjuntamente el hacer y el saber usar eso que se hace.” (Abbagnano, 1995, p. 151) Con este recorrido regresamos a la definición del mismo diccionario, en esta siguiente acepción de Filosofía, refiriéndose a la discusión en *Eutidemo*: “Según este concepto, la Filosofía implica: 1) la posesión o la adquisición de un conocimiento que es, al mismo tiempo, el más válido y extenso posible; 2) el uso de este conocimiento en beneficio del hombre.” (Abbagnano, 1995, p. 537)

Y en cuanto al amor al saber, conviene recordar lo que ya dijeron los griegos, esta vez en boca del filósofo Darío Sztajnszrajber, en ese libro cuyo título también es una pregunta que implica el sentido o utilidad de esta, resaltado en especial el verbo que contiene: *¿Para qué sirve la filosofía? (Pequeño tratado sobre la demolición)*, a saber:

La idea de amor al saber conlleva una pretensión de totalidad, más allá de que sea o no sea alcanzada. Se trata de un amor al absoluto, donde el saber nos equipararía directamente con esas totalidades cerradas que son los absolutos. Saber todo es acceder al *todo*, ya que desaparecerían todas las intermediaciones. El conocimiento tiene algo de mediación. Supone ciertas verdades todavía no alcanzadas. (...) Por eso insiste Platón que el saber siempre es una aspiración, ya que se nos presenta en la medida en que haya todavía zonas desconocidas a las que aspirar. A las que amar. (Sztajnszrajber, 2015, p. 67)

¿Cómo llegamos a este punto, de la búsqueda inmanente de esa vida filosófica? A ese punto de amar el saber hasta convertirlo en forma de vida. ¿La vida filosófica?

Si tomamos en cuenta de que esta búsqueda pudiese tener dos orígenes: uno deseado u otro accidental, lo cierto es que, al emprenderse desde la filosofía, ocurre una transformación, una especie de conciencia plena de la cual hablan algunos autores. Para Sócrates pudiera ser el *daimon*, lo cierto es que en un *momentum* acaece la certeza entre la duda, y una voz, como una realidad diáfana y comprensible que lo abarca todo,

al menos en el individuo. Hela aquí, documentada, como un instante para el que la percibe o como una paralización del tiempo que obnubila en derredor, para el que la emprende, pero que, de alguna manera, acontece súbitamente, como una necesidad al fin, la imperiosa e inefable filosofía, que no está exenta de obstáculos como quehacer:

—Pues bien -continuó Sócrates-, después de todas esas consideraciones, por necesidad se forma en los que son genuinamente filósofos una creencia tal, que les hace decirse mutuamente algo así como esto: Tal vez hay una especie de sendero que nos lleve a término (juntamente con el razonamiento en la investigación), porque mientras tengamos el cuerpo y esté nuestra alma mezclada con semejante mal, jamás alcanzaremos de manera suficiente lo que deseamos. Y decimos que lo que deseamos es la verdad. En efecto, son un sinfín las preocupaciones que nos procura el cuerpo por culpa de su necesaria alimentación; y encima, si nos ataca alguna enfermedad, nos impide la caza de la verdad. Nos llena de amores, de deseos, de temores, de imágenes de todas las clases, de un montón de naderías, de tal manera que, como se dice, por culpa suya no nos es posible tener nunc aun pensamiento sensato. Guerras, revoluciones y luchas nadie las causa, sino el cuerpo y sus deseos, pues es por la adquisición de riquezas por lo que se originan todas las guerras, y a adquirir riquezas nos vemos obligados por el cuerpo, porque somos esclavos de sus cuidados; y de ahí, que por todas estas causas no tengamos tiempo para dedicarlo a la filosofía. (Platón, 1983, p. 154)

Esto nos lleva a otra reflexión: ¿existen límites para asumir la vida de esta manera, o la posibilidad de que esta vida sea contraproducente para el que la ejerza? La cuestión aquí es el riesgo latente o patente que, bajo determinadas circunstancias, conlleva actuar de acuerdo con la verdad, el conocimiento y los preceptos éticos; y de serlo, podríamos bordear, con el ejemplo, determinados abismos o riesgo, en un caso superlativo, como es el caso de Sócrates, quien asumió enseñando y viviendo de acuerdo con sus enseñanzas, en Atenas. El propio Sócrates nos responde, con las palabras que erigiera para argumentar su posición frente a su discípulo Critón:

No debe pues, ¡oh carísimo!, preocuparnos a nosotros lo que dirán, (de nosotros) los muchos, sino lo que dirá, únicamente, el indicado para las cosas justas e injustas, el uno, y ésta es la verdad (οὐκ ἄρα, ὃ βέλτιστε, πάνυ ἡμῖν οὕτω φροντιστέον τί ἐροῦσιν οἱ πολλοὶ ἡμᾶς, ἀλλ' ὅτι ὁ ἐπαίμων περὶ τῶν δικαίων καὶ ἀδίκων, ὁ εἷς αὐτῆ ἢ ἀλήθεια). (Platón, 1955, p. 18)

Y posteriormente, en la cita: “Así que, primero, no aconsejas bien, aconsejando de esta manera, de que nosotros debemos preocuparnos por la opinión de los muchos, en

relación de las cosas justas, de las (cosas) buenas y honestas, y las contrarias. Pero, verdaderamente, puede decir alguien que, los muchos son capaces de matarnos. Sin duda esto también.” (Platón, Critón, 1955, p. 18)

Si como nos dice Ferrater Mora, más allá del razonamiento, ¿cómo sería esta elección, en el caso de la mujer que filosofa y que concibe la vida desde la filosofía? ¿No es para ella dable o posible esta vida? Y ¿serían los mismos los peligros que le acechan?

En ese sentido no queda sino revisar el destino de Hipatia, del alcance de sus enseñanzas y de los obstáculos que hubo de sortear, con fatal desenlace, en su búsqueda y aplicación de una vida filosófica:

Podemos suponer que Hipatia tuvo interés en teorizar sobre la política y buscar un punto medio de moderación, según el lema aristotélico (...) Puede que esta tuviera en mente una suerte de mediación entre las diversas comunidades de Alejandría a través de sus clases magistrales, centradas en la búsqueda de la armonía y la belleza —en conciliar platonismo y aristotelismo, como todos los neoplatónicos, tal vez también en el plano político— y, en todo caso, lejos del radicalismo y el maximalismo de ambos bandos.” (Hernández de la Fuente, 2019, p. 109)

Llevar la filosofía a la vida individual y colectiva, alcanzar la política y los estamentos de la sociedad, no solo resultaban un asunto complejísimo, sino que sigue entrañando múltiples riesgos para quien procure abordar dicha proeza. En el caso de una mujer como Hipatia, cuya fama era reconocida en Alejandría y otras regiones del Imperio, resultaba incómodo que convergieran en sus enseñanzas las voces que pudiesen plantear, no solo una vida desde la filosofía, sino que se elucubrara sobre el alcance del poder, la Ética y la política, especialmente porque alcanzaba un contexto multicultural, lo que dio lugar a que fuese perseguida y vilipendiada en su condición de mujer, pero especialmente, en su capacidad e influencia sobre los otros. Habiendo heredado el puesto de profesor de su padre, el filósofo Teón, el Geómetra, se convierte en la sucesora de la escuela filosófica de Platón y Plotino. No ahondaremos en los terribles detalles de tortura que le ocasionaron la muerte y que narra el historiador de la iglesia Sócrates de Constantinopla o Sócrates Escolástico en su Historia Escolástica, pero resulta importante el simbolismo de este asesinato, acaecido, según sus fuentes, en la Cuaresma, durante el cuarto año

del episcopado de Cirilo y el décimo consulado de Honorio, el sexto de Teodosio, por todo lo que convergía en ese escenario histórico y las corrientes de pensamiento, que sostenían el poder, y que confrontaban heterodoxia y ortodoxia. No cabe duda, el ataque a una mujer que lleva la vida filosófica y que resulta ser la columna de la escuela neoplatónica, es un golpe a una concepción liberadora y sienta un precedente en la exclusión de la historia de las mujeres filósofas, porque, aunque le precedieron hechos de contundente violencia que se repetirán después, no contarán con una figura de la talla y la influencia de Hipatia, quien no excluía de su magisterio ni a cristianos ni paganos, puesto que tendrá una visión avanzada y democrática para su época.

Es posible llegar a otros ejemplos de magisterio sin exclusión, aquellos que abrazaron la vida filosófica, la enseñanza y la Ética con una visión de amplitud y profundidad humana, tal y como es el caso de Himerio o Libanio, esbozadas en *Vidas de sofistas* por Eunapio de Sardes: aquí, la convivencia entre profesores y discípulos, cristianos y paganos, fluían sin obstáculos, todos orientados a este quehacer de vivir la vida desde la filosofía, con los preceptos y el conocimiento más elevado. Ambos abrazaron la retórica y, en el caso de Liberio, legó ejemplos de ejercicios de este género como la *Progymnasmata*; ambos, también, han pasado opacados en su influencia y producción en el período de transición que les tocó vivir.

La posibilidad o imposibilidad de la vida filosófica a través de la exhortación a la filosofía o el género del Protréptico, depende de si esta elección se da en circunstancias que respondan a necesidades reales de transformación individual, a un compromiso con el conocimiento y el éthos y, posteriormente, la realidad objetiva, en ningún caso exentas de riesgo o cuestionamiento.

En la acepción actual, existen elementos a tomar en cuenta, esto es, fuera de un sistema formal de educación donde la filosofía no es considerada una herramienta de transformación humana, sino una asignatura más, una que incluso es ponderada como prescindible y así lo demuestran los recortes a los planes educación, al currículum en todos los niveles de formación media. Incluso, en la propia vida universitaria, la concepción de formación está ligada a la “función” o utilidad que tenga para la sociedad,

su engrandecimiento, o enriquecimiento de determinados roles, aducidos por los entes pragmáticos, a saber, la economía y la política, no necesariamente en el sentido sopesado en el mundo griego.

Es por ello que una vida filosófica solo sería viable al estar libre de la herrumbre y el utilitarismo de la educación formal, y la pregunta sería ¿habría vida filosófica en ese espacio usurpado actualmente por los *coach* o las diversas maneras de “tutoriar” (vivan los neologismos de la peor estirpe) la vida; un contexto donde esos nuevos gurús de la desintoxicación y el consumo opacan la importancia y la comprensión de la filosofía?

Nuevamente Sztajnszrajber acierta en el capítulo intitulado Las situaciones límites, con una acepción de filosofía que alcanza el momento actual:

Hay un uso muy extendido y cotidiano del término “filosofía” equivaliendo a estilo de vida y que se acompaña con prácticas concretas como una dietética, una erótica y hasta ejercitaciones corporales casi gimnásticas. Lo cierto es que al llevar el cuestionamiento hasta su máxima radicalidad, la filosofía corre el riesgo de negarse a sí misma o a lo sumo plantear perspectivas tan heterodoxas que parecería que de filosofía no tienen nada. Y sin embargo correr riesgos. Una marca casi de origen del quehacer filosófico (...) La filosofía como estilo de vida. Me quedan resonando esas palabras. (Sztajnszrajber, 2015, p. 261).

He aquí donde una real descordinación de lo estructurado o desestructurado del sistema educativo, haría posible la transmisión o la exhortación a la vida filosófica, en ese sentido defendido por Aristóteles o Goethe. Es allí, probablemente donde la idoneidad a la formación filosófica para su ejercicio sea susceptible de valerse o proponerse como un instrumento de transformación y elevación de la vida individual, para así trasladarlo a lo colectivo, o lo que es más precisamente el sentido: la colectividad como motivación para enriquecer el individuo, su visión, ampliar su horizonte, su profundidad y su vivencia en el mundo.

Conclusión

Proponer el servicio y formación filosófica como una forma de vida, al tiempo como una posibilidad de transformar la vida individual y aspectos de la vida colectiva, habría de ser un tema importante a tratar, más allá de las aulas de clases, en las instancias respectivas, en toda la estructura política, social y económica donde el conocimiento y el *ethos*, a la luz de las circunstancias actuales, se convierten en un obstáculo para quienes no comprenden la responsabilidad de la institucionalidad y el deber político. Con algunos intentos por defender la idoneidad filosófica en nuestro país, y con otros ingentes esfuerzos que hicieron nuestros predecesores, las ideas y aportes de filósofos panameños como los profesores Roberto Arosemena y Pedro Luis Prados no quedarían a la deriva: abordar la filosofía más allá del magisterio, revisar la pertinencia y la presencia de espacios de discusión y consulta con filósofos; acortar las distancias entre las fuentes y los lectores neófitos, pero también entre los especialistas de las diversas áreas de la filosofía, proponer caminos más allá de la academia. Estos cambios deben darse en la formación del individuo (en cualquiera, sino en todas las etapas de la vida) , pero también en la colectividad, a fin de tener la posibilidad de no solo vivir la filosofía en ese camino hacia su comprensión, sino también, y esto muy seriamente hablando, vivir la vida de una manera digna, en el mejor de los mundos posibles, en el que todavía tenemos.

Referencias

- Abbagnano, N. (1995). *Diccionario de filosofía*. Fondo de Cultura Económica.
- Ferrater Mora, J. (1984). *Diccionario de Filosofía*. Alianza Editorial.
- Hadot, P. (2006). *Ejercicios espirituales y filosofía antigua*. Siruela.
- Hadot, P. (2009). *La filosofía como forma de vida. Conversaciones con Jeannie Carlier y Arnold I. Davidson*. Alpha Decay Ediciones.
- Hadot, P. (2010). *No te olvides de vivir. Goethe y la tradición de los ejercicios espirituales*. Siruela.
- Heidegger, M. (1983). *Qué es filosofía*. Bitácora.
- Hernández de la Fuente, D. (2019). *Hipatia. Colección mujeres en la Historia*. España.
- Jaspers, K. (2013). *La filosofía: desde el punto de vista de la existencia*. Fondo de Cultura Económica.
- Ortega y Gasset, J. (1981). *Origen y epílogo de la filosofía*. Alianza Editorial.
- Ortega y Gasset, J. (1984). *¿Qué es conocimiento?* Alianza Editorial.
- Platón. (1955). *Critón*. Departamento de Bellas Artes y Publicaciones del Ministerio de Educación y la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Panamá.
- Platón. (1983). *El banquete*. Orbis.
- Platón. (2012). *Eutidemo*. Losada.
- Romero, F. (1961). *¿Qué es la filosofía?* Editorial Columba.
- Seggiaro, C. M. (2017). La relación entre phýsis y techné. *Páginas de Filosofía*, XVIII(21), 164-183.
- Sztajnszrajber, D. (2015). *¿Para qué sirve la filosofía? Pequeño tratado sobre la demolición*. Grupo Editorial Planeta.